En la Sagrada Escritura se ha producido una especie de encarnación del que es la Palabra del Padre y se ha revelado a los hombres (cf. DV 2; 4; 9; 11). Cristo es el centro de la Escrituras. Por eso el amor y la veneración de la Iglesia por la Sagrada Escritura, en analogía con el respeto y el culto que da al Pan Eucarístico (cf. DV 21; PO 18).

(Leer: Lc. 4, 16 - 21)

La Palabra de Dios proclamada en la liturgia, no es una simple lectura "de palabras escritas", sino que es una actualización de la obra salvadora de Cristo. Al ser proclamadas, Dios sigue actuando en esta historia de salvación. Por eso nunca debemos distraernos al escuchar la Palabra de Dios, ya que es el mismo Dios el que nos habla, y a través de su Palabra, nos alimenta, orienta y santifica. La presencia de Cristo en la Palabra la veneramos al incensar el Libro de los Evangelios y al acompañar con los cirios encendidos, la proclamación del Santo Evangelio.

En el próximo subsidio trataremos la presencia de Jesucristo en las especies consagradas y en los pobres. **¡NO TE LO PIERDAS!**

3. COMPROMISO:

1. Comportarnos con recogimiento y respeto durante la celebración, evitando las distracciones y hablar innecesariamente con los compañeros, para así tener una participación más conciente de nuestra liturgia.
2. Si sientes que el Señor te llama a servirle en el sacerdocio no dudes en comunicárselo a tu párroco. Él estará dichoso de guiarte en este discernimiento. El Padre Alexi Mattos, delegado para la Pastoral Vocacional, también esta disponible para escucharte. Tel. U.P. Divino Niño: 334 4758 - 363 9322

Para vivir la Solidaridad,
Organicémonos ... ¡Somos hermanos!

Email: comisionarquidiocesanadeliturgia@yahoo.com

Descarga de Subsidios en la Web (*Gratis*):
http://comisiondeliturgiabaq.blogspot.com

EQUIPO DE
Monaguillos
ETAPA 1
FASE 2
AÑO 3
COMITÉ DE LA CÉLULA PARA LA ANIMACIÓN LITÚRGICA

ARQUIDIÓCESIS DE BARRANQUILLA • DPTO. DE SERVICIOS PASTORALES
PASTORAL LITÚRGICA • SUBSIDIO No. 28 • AGOSTO 2008

Monaguillo, amigo de Jesús

OBJETIVO: Al finalizar la reunión los participantes estarán concientizados de que su participación, en las celebraciones litúrgicas, es un verdadero encuentro con Jesucristo Vivo.

1. ORACIÓN:

Canto: "Yo tengo un amigo que me ama"

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios:

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío."

Asimismo también la copa después de cenar diciendo: "Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío".

Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.

Palabra de Dios

Los acólitos somos los amigos de Jesús, somos sus acompañantes, sus compañeros de viaje; pero a veces, nos distraemos y nos preocupamos de tantas cosas que lo olvidamos a Él, quien es la razón de nuestro ser y de nuestro actuar. Por eso, en esta oportunidad vamos a reflexionar sobre la presencia de Jesús en la liturgia.

Queremos con esta reflexión, ser más concientes de, que en cada Eucaristía, no somos solo funcionarios "que hacen cosas" (me pongo la sotanilla, llevo y traigo objetos al altar, etc.) sino que soy un amigo de Jesús que quiere encontrarse con Él y recibir su gracia y su amor.

A continuación compartiremos en la formación donde se encuentra Jesús en la Celebración Eucarística, para que sea de mayor provecho nuestra participación.

2. FORMACIÓN: PRESENCIA DE CRISTO EN LA LITURGIA

a. En la Asamblea.
b. En la persona del Ministro
c. En su Palabra
d. En las especies consagradas
e. En los pobres

a. En la Asamblea: Jesús está presente en la asamblea, es decir, en el grupo de personas que nos reunimos en su nombre. Esta presente cuando la Iglesia (el pueblo de Dios) suplica y canta salmos. Él mismo prometió en el Evangelio de Mateo: ***"Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos"*** (Mt. 18, 20). Por eso es tan importante participar en la celebración comunitaria de la Eucaristía Dominical, ya que es un verdadero encuentro con Jesús Resucitado y con la Iglesia que somos todos. El Domingo es el día del Señor y de la Iglesia, por eso nunca, a pesar de que no nos corresponda prestar servicio ese día, debemos dejar de participar en esta celebración. La Eucaristía es un encuentro gozoso con Jesucristo y con los hermanos.

Leer Mt. 18, 19 - 20.

b. En la persona del Ministro: Jesucristo está presente en el ministro de la celebración, ya sea Obispo, presbítero o diácono. El Concilio Vaticano II, en la Constitución Sacrosanctum Concilium dice que Jesucristo: "Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz"…" (SC 7)

El Concilio habla de la presencia de Cristo en el ministro de manera que cuando *alguien bautiza,* es Cristo quien *bautiza* (SC 7). Se trata del ministro que actúa **"in persona Christi Capitis".** El ministro del sacramento hace por consiguiente las veces de Cristo en el orden sacramental. El ministro no hace las veces como si Cristo estuviera ausente, sino en cuanto está presente y actúa por medio de él en el orden del signo. El agente de la presencia de Cristo en la liturgia, es el Espíritu Santo con el que ha sido ungido el ministro, ordenado (obispo, presbítero, diácono). Esta tal la presencia de Cristo, en el ministro, en el momento de la consagración que él no dice; "Este es EL Cuerpo de Cristo …" sino que dice: "Este es MI Cuerpo …". El sacerdote le presta su cuerpo a Cristo para que se haga presente en medio de nosotros. Por tal motivo los sacerdotes deben ser tratados con respeto, ya que hacen presente a Cristo en medio de la comunidad.

Leer Lc. 22, 19 - 20.

c. En su Palabra: En el documento "El Misterio de la Eucaristía" dice que Jesucristo: "*Está presente también* en su *palabra,* puesto que Él *mismo habla cuando se* leen en *la Iglesia las Sagrada Escrituras"* (EM 9). La misma afirmación la hace el Concilio Vaticano II (cf. SC 7).